

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Moutonville.—New-York, Mr. George B. Pike, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

Conversación sobre el Catalanismo

II

Las teorías de Pi y Margall, para el que tiene un respetuoso recuerdo, y de Almirall, consignadas en sus obras *Federalismo y Nacionalismo*, tienen un poderoso censor en el Sr. Ossorio, que concede á esta última una importancia grande, no la que naciera por la teoría de Almirall, sino la derivada de los trabajos que á tal fin realizaron poetas, artistas y arqueólogos ajenos á las luchas de partido, labor que ensalza un pensador ilustre del catalanismo actual, el Sr. Prat de la Riba.

Escribe éste «La Nacionalidad Catalana» y Durán y Ventosa «Regionalismo y Federalismo» en la que se robustece la aspiración del nacionalismo, pero sin mengua, entiéndase bien, dicen, de la unidad del Estado español.

Y entre intransigencias y errores llegaron las agitaciones de 1.905 y 1.906, constituyendo un serio peligro para la vida de España.

Y en tal situación, nos dice el señor Ossorio, y para resolverla principalmente, con aquel pavoroso conflicto cura á cara vino don Antonio Maura al poder en su última etapa de gobierno.

Y aquí vienen los aplausos al ilustre jefe del partido conservador Sr. Maura.

«La gran autoridad y el gran triunfo de Don Antonio Maura, dice el Sr. Ossorio—fué el saber que ese terrible problema, que se había querido tratar neciamente por el hierro y por el fuego, no tenía otra terapéutica que el contacto con la realidad, el enseñar á los nacionalistas á vivir en la realidad, é traerlos á actuar dentro de la realidad: ésta fué su gran obra.»

«¡Qué momentos aquellos, señores, de la solidaridad catalana, de tan furiosas pasiones, de tan innarrable enardecimiento, de tan espantosa ceguera, y al propio tiempo de tan elevado idealismo! ¡No los olvidará quien de cerca los haya presenciado! ¡Cómo se vivió y cómo se sintió aquello, y lo que fué Cataluña en esta etapa!»

Es de tal modo interesante la labor del Sr. Ossorio y Gallardo en la conferencia de que nos ocupamos, que causa pena acomodarla á lo que la índole de este trabajo nos impone.

Cuántas enseñanzas y cuántas manifestaciones patrióticas y sinceras fundamentadas en hechos y juicios donde la razón rebosa, excentas de pasión, pueden tenerse y apreciarse en la conferencia del diputado conservador...

La crítica, razonable y desapasionada siempre, alcanza por igual á las intransigencias catalanistas y á la fiebre del españolismo, disculpable por el sentimiento en que se inspira; pero que ha sido y pudiera ser sin una dirección benéfica y prudente, un obstáculo para la resolución del muy importante problema catalán.

La policía del inglés, obra exclusiva de los catalanistas, fracasó, según el Sr. Ossorio, porque, sin excluir lo que pueda corresponder á la incapacidad del Estado, tenía que suceder así por depender de toda una contextura social, de una falta de disciplina social, de colaboración social, de pasividad, complicidad é inercia, que no se arreglan ni protestando del error de un día ó de años, ni trayendo ingleses.

Hoy parece que con el honesto pasatiempo de la *Rabasada* se alcanzan mayores triunfos que con la gestión policiaca de Mr. Arrow. Es un triunfo en cuya conquista acaso no ande muy bien parada la moralidad.

El fracaso del presupuesto de cultura del Ayuntamiento de Barcelona, colocando al catalanismo por encima de Dios con la creación de las escuelas neutras, y el viaje del Rey á Barcelona en la anterior etapa del Gobierno del Sr. Maura, son hechos, especialmente el último, que sirven al Sr. Ossorio para poner de manifiesto lo que es el pueblo catalán. En lo que respecta á sus creencias religiosas y políticas.

Sabido es el acuerdo de los catalanistas de retraerse en absoluto, de aislarse, de no contribuir en cosa alguna en lo que se relacionara con el recibimiento del Rey.

A nosotros, decían para justificarse, nos son indiferentes las for-

mas de Gobierno. Nos es igual la monarquía que la república; somos catalanes y nada más y solamente aceptaremos la forma de gobierno que más satisfaga nuestras aspiraciones.

Sabido es también que é pesar de la actitud y de las manifestaciones de los catalanistas, Cataluña entera, en desbordamiento de simpatía al rey, lo aclamó y vitoreó con entusiasmo delirante.

El que esto escribe encontraba á la sazón en Barcelona y puede asegurar que cuanto á este particular se manifiesta es inferior á la realidad de los entusiasmos demostrados.

Y es que, según afirmación del Sr. Ossorio ahí hay un país monárquico, de honda concepción monárquica, ese es Cataluña. Lo es por su tradición, por su historia por su apego al pasado, por la constitución orgánica de su familia, por el régimen de su propiedad por el concepto que tiene de la autoridad, por sus ansias imperialistas de vez en cuando... Por todo eso es fundamentalmente monárquico... Y á un pueblo que tiene esta contextura le dicen que reciba al Rey con despego, sin agravio, pero con desvío. ¿Qué había de recibir?...

Como consecuencia del éxito del viaje del Rey, ¡qué hermoso es cuanto dice en su folleto, «de las reales jornadas», el eximio poeta Maragall, cuya memoria quiere honrar y perpetuar Cataluña con la creación del monumento de Caldetas!

Después de leídos algunos de los admirables pensamientos del trabajo aludido, lleno de profundos conceptos, la manifestación hecha al Rey estaba plenamente justificada, porque no existiendo hostilidad, como lo prueba el nunca bastante llorado poeta, «el prestigio secular real no ha encontrado contrapeso en el sentimiento del pueblo; y no encontrando contrapeso, no se ha podido producir aquel equilibrio inestable de la indiferencia, y el sentimiento popular se ha inclinado hacia el Rey.»

No hay que olvidar que el gran poeta era también catalanista.

—(—)—

EXTRAVAGANCIAS

LAS SIERVAS DE JESÚS

Lector indiferente, despreocupado y ligero, no te asustes al leer el título de estos renglones, que tu espíritu tocado de *culta* heregía pueda pasar la vista por estas líneas, sin oler á incienso ni escuchar el ruido de las cuentas del rosario. Hablarle de las Siervas, es hablarle de la Caridad, y la Caridad es flor de todos los huertos y el rendirle homenaje, es tarea noble, que por un instante disipa la friolera de nuestras vidas.

Las Siervas, esas modestísimas siervas, calladas, y humildes con sus tocas blancas y sus mantos negros, que se pasan las horas rezando, con las manos cruzadas en la semiobscuridad de una alcoba, son el único símbolo que llega á todas las conciencias, son una verdad, y bien merece hacer un comentario. hallar una *verdad* en nuestro camino.

Esas pobres mongitas de pasos silenciosos, de movimientos apagados y rezos tenues, parecen la encarnación de la Caridad y la imagen del dolor. ¿Cómo fueron sus vidas? ¿Qué tristezas existieron en los rincones de su pasado? ¿Qué fué de sus amores? ¿Qué ilusiones sintieron en el mundo?; todo esto vive, como un recuerdo muerto, entre sus tocas blancas, convertido en misterio por su voluntad sin que podáis sorprenderlo en sus ojos apagados para siempre en la contemplación del dolor ageno.

A veces llega hasta ellas la charla del mundo, que oyen sin escuchar; á veces tropiezan con ejemplos crueles de egoísmo y sus manos lienan el vacío que dejan otras manos, y sus caricias caen como un consuelo, sobre los que esperan otras caricias que no llegan.

Yo he contemplado muchas veces á estas mujeres santas, horas y horas, y hubiese deseado penetrar en su alma y sondear su cerebro, para recrearme en la blancura de sus conciencias tan calladas, tan limpias, tan sencillas.

Cuando un chiste ridículamente ingenioso, llega hasta ellas ponien-

do en sus oídos una nota de heregía vulgar, sonríen como si todo eso resbalara en la albura de sus tocas, y acuden al enfermo, mueven sus almohadas, estiran el embozo de la sábana y callan acostumbradas al dolor y á la miseria en todas sus formas.

Cuando amanece, en esos amaneceres tristes de las alcobas, donde sufre un enfermo, ven la luz que asoma por las rendijas de las ventanas y recojen sus libros, su labor, su rosario, esperan á que la vida empiece: después, como uñieron se van, calladamente, poniendo su interés y su amor al mismo nivel del vuestro y á veces, es vida de vuestra vida el enfermo que sufre.

Yo he oído muchas veces pronunciar desde la cátedra sagrada oraciones piadosas, elocuentes, conmovedoras; siempre he oído al *hombre que habla*. Yo he leído libros piadosos de santas doctrinas y pocas veces he podido terminar su lectura, viendo al *hombre que escribe* con sus prejuicios, sus ideas, sus intransigencias; siempre el hombre, nunca Dios, y en cambio, mirando á la luz de una lámpara mortecina, casi oculta en las sombras, una Sierva que con los ojos abiertos, sigue hora tras hora la respiración de un enfermo, sustituyendo con su amor, el amor de los suyos, he visto la encarnación sublime de una idea, el origen de una fuerza, algo, en fin, grande, misterioso y profundo que me hace pensar en un Dios de bondad.

Las Siervas llegan con la religión á todas las almas, porque los hombres, todo egoísmo, sólo admiramos y creemos lo que se predica con el ejemplo, con el sacrificio, con el dolor, porque ya las palabras, expresión de todas las ideas han puesto sobre nuestros espíritus la coraza irrompible del excepcionalismo.

Q. R. S.

EL EX-SULTAN

Madrid 20-6 m.

Los viajeros llegados á Algeciras dicen que el ex-sultán Abdel-aziz, se hospeda en Gibraltar en el Hotel Anglo-Hispano.

Se le sirve la comida á la europea Abd-el-aziz, asiste todas las noches á las funciones, que se celebran en el Kursal.

Ha ofrecido 90 000 duros por el Palacio de Cassola, proponiéndose habitarlo si se lo venden.

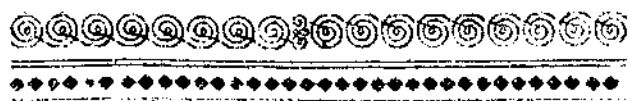
CRÓNICA DE MADRID

La ciudad revive...

El verano agoniza. El termómetro empuja á los veraneantes hacia Madrid. Y la ciudad, abandonada en los meses estivales, víctima de las tiranías despoticas de una moda pueril, adquiere por momentos el bullicio perdido, la alegría suspirada. La gran ciudad revive, despierta y acoge cariñosa, benévola, indulgente, á los que la despreciaron en los días calurosos de un verano que pasó raudo.

Las calles de Madrid recobran su fisonomía típica, recaban su animación castiza y no dan la sensación de la vida. Porque Madrid vive en otoño, en invierno; agoniza en las postrimerias de la primavera y muere definitivamente en el estío pleno, para renacer en Octubre, en Septiembre, cuando la Naturaleza declina en un estertor de acabamiento. ¡Curioso contraste entre la vida artificiosa de una gran urbe y la existencia florida de las bellezas naturales!...

Decíamos que Madrid revive. La juventud escolar, una juventud bulliciosa, alegre, dicharachera, una novedad plébrica de arresos para la lucha moderna de la moderna sociedad, ha invadido ya las calles madrileñas. Su charla dá tonos de alegría á este cuadro de visuañidad que el otoño dibuja sobre la capital de España. Las modistas, las bellas hormiguillas que Madrid produce para que á Madrid alegren con sus esbelteces, con sus risas, con sus palmitas, reviven también en esta época en que la Naturaleza decae. En sus oídos resuenan nuevamente los ecos de



CAPITULO V

La tarea de los agentes de la Seguridad. Conclusiones.

Temo fatigar al lector llevando demasiado lejos este estudio; un poco técnico, de las reformas más urgentes que á mi juicio la policía necesita.

Voy á cerrar rápidamente esta última parte de mis «Memorias» poniendo al público al corriente de la suma de trabajo que pesa sobre los agentes de la Seguridad y diciendo algunas palabras acerca de la organización general de la policía en Francia.

En el curso de este largo relato he recordado

te llega á casa del obrero, ésta en su trabajo, la segunda es que, si él le encuentra, juzga que el servicio es demasiado delicado para practicarle él solo, pues el agente del servicio de notas trabaja siempre sin compañero.

Ha podido prenderle, si lo cree posible, puesto que lleva el mandamiento en el bolsillo, y no deja de hacerlo si ve una pareja de guardias de la Paz que pueden prestarle auxilio ó si se encuentra cerca de un puesto de policía.

Pero si calcula que va á entablarse una lucha desigual, y que se encuentra en un mal paraje donde acudirán en socorro del individuo arrestado una porción de camaradas que caerán sobre el agente, éste se presenta en clase de comisionista en vinos, se excusa y se va.

Pues bien, mis agentes del servicio de la Permanencia han preso al obrero cuyo nombre está inscrito en el mandamiento de que son portadores.

El hombre no ha hecho resistencia; no ha agredido á los agentes como sucede á veces.

Ellos conducen tranquilamente su prisionero á pie, en tranvía ó en ferrocarril, según los casos, sin llamar la atención de los viajeros, y una vez llenadas en la Seguridad las reglamentarias formalidades, le conducen al Depósito.

Es preciso prender á un obrero; y para echarle la mano encima, no hay más remedio que encontrarse á la puerta de su casa á las cinco de la madrugada. A esa hora es cuando el obrero sale para el trabajo.

Hé aquí, pues, á mi agente, que á las tres de la mañana sale en compañía de un colega, á pie por supuesto, pues á aquella hora los tranvías no circulan y el servicio de la Seguridad no podía recurrir á los agentes más que en casos muy excepcionales.

El mandamiento de que se trata ha llegado la víspera á la Seguridad; se le ha entregado á un agente del servicio de notas y de informaciones, quien se ha asegurado acerca de la dirección del hombre á quien se quiere prender, ó se ha encontrado su verdadero domicilio, si acaso las señas del mandamiento estaban equivocadas; cosa que muy frecuentemente sucede.

Luego el agente de notas ha remitido el mandamiento al servicio de la Permanencia.

¿Por qué —me preguntaréis— el agente del servicio de notas no ha preso por sí mismo al hombre cuya dirección ha descubierto?

Era mucho más sencillo.

Hay para ello varias razones.

La primera es que generalmente, cuando el agente